

usa en las aldeas. En una dellas estaba pintado, de malísima mano, el robo de Elena cuando el atrevido huésped se la llevó á Menelao, y en otra estaba la historia de Dido y de Eneas; ella, sobre una alta torre, como que hacia de señas con una media sábana al fugitivo huésped, que por el mar, sobre una fragata ó bergantin, se iba huyendo. Notó en las dos historias, que Elena no iba de muy mala gana, porque se reia á socapa y á lo socarron; pero la hermosa Dido mostraba verter lágrimas, del tamaño de nueces, por los ojos. Viendo lo cual Don Quijote, dijo: "Estas dos señoras fueron desdichadísimas, por no haber nacido en esta edad, y yo, sobre todos desdichado, en no haber nacido en la suya; pues, si yo encontrara aquestos señores, ni fuera abrasada Troya, ni Cartago destruida, pues, con solo que yo matara á París, se excusaran tantas desgracias.—¡Yo apostaré, dijo Sancho, que, antes de mucho tiempo, no ha de haber bodegon, venta ni meson, ó tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas! pero querría yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado á estas.—Tienes razon, Sancho, dijo Don Quijote; porque, este pintor, es como Orbaneja, un pintor que estaba en Úbeda, que, cuando le preguntaban qué pintaba, respondia: *lo que saliere*; y si, por ventura, pintaba un gallo, escribia debajo: *este es gallo*, por que no pensasen que era zorra. Desta manera me parece á mí, Sancho, que debe de ser el pintor ó escritor, que todo es uno, que sacó á luz la historia deste nuevo *Don Quijote* que ha salido, que pintó ó escribió lo que saliere; ó habrá sido como un poeta, que andaba los años pasados en la córte, llamado Mauleon, el cual respondia de repente á cuanto le preguntaban; y, preguntándole uno qué queria decir *Deum de Deo*, respondió: *dé donde diere*. Pero, dejando esto aparte, dime si piensas, Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quieres que sea debajo de techado, ó al cielo abierto.—¡Pardiez, señor, respondió Sancho, que, para lo que yo pienso darme, eso se me da en casa, que en el campo! pero, con todo eso, querría que fuese entre árboles, que parece que me acompañan, y me ayudan á llevar mi trabajo maravillosamente.—Pues no ha de ser así, Sancho amigo, respondió Don Quijote; sino que, para que tomes fuerzas, lo hemos de guardar para nuestra aldea, que, á lo mas tarde, llegaremos allá despues de mañana." Sancho respondió, que hiciese su gusto; pero que él quisiera concluir con brevedad aquel negocio, á sangre caliente y cuando estaba picado el molino, porque en la tardanza suele estar muchas veces el peligro, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que mas valia un *toma* que dos te *daré*, y el pájaro en la mano que buitre volando. "No mas refranes, Sancho, ¡por un solo Dios! dijo Don Quijote, que parece que te vuelves al *sicut erat*: habla á lo llano, á lo liso, á lo no intricado, como muchas veces te he dicho, y verás cómo te vale un pan por ciento.—No sé qué mala ventura es esta mia, respondió Sancho, que no sé decir razon sin refran, ni refran que no me parezca razon; pero yo me enmendaré, si pudiere:" y con esto, cesó por entonces su plática.

CAPÍTULO LXXII.

De cómo Don Quijote y Sancho llegaron á su aldea.

Todo aquel dia, esperando la noche, estuvieron en aquel lugar y meson Don Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su diciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistia el de su deseo. Llegó, en esto, al meson un caminante á caballo, con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo, al que el señor dellos parecia: "Aquí puede vuesa merced, señor Don Álvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca." Oyendo esto Don Quijote, le dijo á Sancho: "Mira, Sancho: cuando yo hojeé aquel libro de la *Segunda Parte* de mi historia, me parece que, de pasada, topé allí este nombre de *Don Álvaro Tarfe*.—Bien podrá ser, respondió Sancho; dejémosle apear, que despues se lo preguntaremos." El caballero se apeó, y, frontero del aposento de Don Quijote, la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenia la estancia de Don Quijote. Púsose el recién venido caballero á lo de verano, y, saliéndose al portal del meson, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba Don Quijote, le preguntó: "¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentil hombre?" y Don Quijote le respondió: "Á una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural: y vuesa merced ¿dónde camina?—Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria.—¡Y buena patria! replicó Don Quijote; pero dígame vuesa merced, por cortesía, su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo, mas de lo que buenamente podré decir.—Mi nombre es Don Álvaro Tarfe," respondió el huésped. Á lo que replicó Don Quijote: "Sin duda alguna pienso, que vuesa

merced debe de ser aquel *Don Álvaro Tarfe* que anda impreso en la *Segunda Parte de la Historia de Don Quijote de la Mancha*, recién impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno.—El mismo soy, respondió el caballero; y el tal *Don Quijote*, sujeto principal de la tal historia, fué grandísimo amigo mío, y yo fui el que le sacó de su tierra, ó, á lo menos, le moví á que viniese á unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba; y en verdad, en verdad, que le hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo, por ser demasíadamente atrevido.—Y dígame vuesa merced, señor Don Álvaro: ¿parezco yo en algo á ese tal *Don Quijote* que vuesa merced dice?—No, por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera.—Y ese *Don Quijote*, dijo el nuestro, ¿traía consigo á un escudero llamado *Sancho Panza*?—Sí traía, respondió Don Álvaro; y, aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.—Eso creo yo muy bien, dijo á esta sazón Sancho; porque, el decir gracias, no es para todos; y ese *Sancho* que vuesa merced dice, señor gentil hombre, debe de ser algun grandísimo bellaco, frion y ladron juntamente; que, el verdadero *Sancho Panza*, soy yo, que tengo mas gracias que llovidas: y, si no, haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo menos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que, sin saber yo las mas veces lo que me digo, hago reír á cuantos me escuchan; y el verdadero *Don Quijote de la Mancha*, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: todo cualquier otro *Don Quijote* y cualquier otro *Sancho Panza*, es burlería y cosa de sueño.—¡Por Dios, que lo creo! respondió Don Álvaro; porque mas gracias habeis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habeis hablado, que el otro *Sancho Panza* en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas. Mas tenía de comilon que de bien hablado, y mas de tonto que de gracioso; y tengo por sin duda, que los encantadores que persiguen á *Don Quijote el bueno*, han querido perseguirme á mí con *Don Quijote el malo*. Pero ¡no sé qué me diga! que osaré yo jurar, que le dejo metido en la casa del Nuncio, en Toledo, para que le curen, y ahora remanece aquí otro *Don Quijote*, aunque bien diferente del mío.—Yo, dijo Don Quijote, no sé si soy bueno; pero sé decir, que no soy el malo: para prueba de lo cual, quiero que sepa vuesa merced, mi señor Don Álvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes, por haberme dicho que ese *Don Quijote* fantástico se había hallado en las justas de esa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar á las barbas del mundo su mentira; y así, me pasé de claro á Barcelona, archivo de la cortesía; albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades; y, en sitio y en belleza, única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido, no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin

ella solo por haberla visto. Finalmente, señor Don Álvaro Tarfe, yo soy Don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. Á vuesa merced suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaracion, ante el alcalde deste lugar, de que vuesa merced no me ha visto, en todos los días de su vida, hasta ahora, y de que yo no soy el *Don Quijote* impreso en la *Segunda Parte*, ni este Sancho Panza, mi escudero, es aquel que vuesa merced conoció.—Eso haré yo de muy buena gana, respondió Don Álvaro, puesto que cause admiracion ver dos *Don Quijotes* y dos *Sanchos* á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres como diferentes en las acciones: y vuelvo á decir, y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado.—Sin duda, dijo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado como mi señora Dulcinea del Toboso; y pluguiera al cielo, que estuviera su desencanto de vuesa merced en darme otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interés alguno.—No entiendo eso de azotes,” dijo Don Álvaro; y Sancho le respondió, que era largo de contar; pero que él se lo contaría, si acaso iban un mesmo camino. Llegóse, en esto, la hora de comer; comieron juntos Don Quijote y Don Álvaro. Entró acaso el alcalde del pueblo en el meson, con un escribano, ante el cual alcalde pidió Don Quijote, por una petición de que á su derecho convenia, de que Don Álvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced, cómo no conocia á Don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: *Segunda Parte de Don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas*. Finalmente, el alcalde proveyó jurídicamente: la declaracion se hizo con todas las fuerzas que en tales casos debían hacerse; con lo que quedaron Don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaracion, y no mostrara claro la diferencia de los dos *Don Quijotes*, y la de los dos *Sanchos*, sus obras y sus palabras. Muchas, de cortesías y ofrecimientos, pasaron entre Don Álvaro y Don Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su discrecion de modo, que desengañó á Don Álvaro Tarfe del error en que estaba, el cual se dió á entender que debía de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios *Don Quijotes*. Llegó la tarde; partiéronse de aquel lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes: el uno, que guiaba á la aldea de Don Quijote; y el otro, el que había de llevar Don Álvaro. En este poco espacio, le contó Don Quijote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion á Don Álvaro; el cual, abrazando á Don Quijote y á Sancho, siguió su camino, y Don Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles, por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche, á costa de las cortezas de las hayas, harto mas que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca, aunque la tuviera encima.